

Lila Caimari, *La vida en el archivo*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2017, 145 páginas.

La vida en el archivo relata el trabajo de una historiadora, en bibliotecas, archivos y repositorios digitales: es un libro hecho de fragmentos y vivencias de una práctica profesional. Estos “ejercicios”, en palabras de Caimari, o misceláneas son el “lado B” de la investigación, la trama del tejido visto del lado de los nudos, el backstage de la pesquisa.

El volumen cuenta con el subtítulo “Goces, tedios y desvíos en el oficio de la historia” el cual apela directamente a la experiencia, las emociones y a los itinerarios de la práctica investigativa. Este subtítulo, de alguna manera, resume la dinámica del trabajo en ese espacio que resulta ser el archivo: la alegría del hallazgo de un material insospechado, el hastío y la monotonía para superar barreras burocráticas, los múltiples caminos que se van abriendo al recorrer los repositorios. En efecto, los textos vibran al fragor de las experiencias de la investigadora, su inversión de tiempo transcurrido en territorios tan dispares como bibliotecas, archivos digitales, repositorios judiciales, policiales o del sistema penitenciario y, de igual forma, están presentes sus lecturas. Con respecto a estas últimas, sólo punteamos que el libro deja entrever un nudo productivo vinculado a lo experiencial de Caimari: una inquieta e inicial fascinación por Foucault, un posterior distanciamiento y una relectura.

Por otra parte, destacamos el registro de la propuesta: se enraíza en lo autobiográfico – entre la cercanía y la promesa de autenticidad– y se conjura también en un entre-lugar con respecto al género: a caballo entre el diario íntimo, el ensayo y la crónica de la cotidianeidad del trabajo. Sus inquietudes intelectuales, sus intereses académicos y su itinerario vital conformado por becas, estancias en el extranjero, trabajos minuciosos y sostenidos en el tiempo son puestos en diálogo contrapuntístico con las dificultades y contrariedades propias de la tarea. En rigor, estos meta-relatos sobre la práctica de la investigación campean entre lo documental y la ficción, entre lo metodológico y lo artesanal, donde la experiencia personal de errancia en estas instancias de resguardo de la memoria social resulta preponderante.

La apuesta en estos textos –cuya extensión de los capítulos varía entre un párrafo y varias páginas– reside en conectar anécdotas en primera persona junto a recuerdos y mostrar ostensiblemente aquellas zonas de la labor del historiador menos fulgurantes: la conquista documental, la búsqueda de acceso a las fuentes, los mapas de expansión de las agendas de trabajo, la destreza en saltar trabas burocráticas y administrativas. Aunque también están

presentes ciertas preguntas que la atravesaron a Caimari al plantear alguno de sus temas de investigación como por ejemplo, el estudio de las cárceles para mujeres. En este sentido, el extenso anecdotario que Caimari borda resulta a las claras fruto de su “poner el cuerpo”, en su acepción más primaria y literal: nos referimos al contacto físico del experto con los materiales –sucios, empolvados, de difícil acceso; a veces, fascinantes– que producen certezas evidentes para el investigador y que, en ocasiones, resultan por esta misma razón difíciles de relatar o verbalizar.

No obstante, la puesta en forma de otra de las preguntas del libro se vincula a los cambios de las condiciones del quehacer de la historia, teniendo en cuenta la revolución tecnológica –el denominado “giro digital”– que estamos viviendo, el cual abre un horizonte de acumulación inédita. En otros términos, el libro discurre en torno a aquello que, en palabras de Caimari, se resume en un paso de “la economía de la escasez a la superabundancia documental”. En esta dirección, el impacto de esta transformación en los estudios actuales y en los jóvenes investigadores deviene otro de los puntos que la interpelan. De este modo, también están presentes interrogantes en torno a la comunidad de pares, el trabajo en solitario y el trabajo en equipo, las lógicas institucionales que facilitan o dificultan el estudio de ciertos temas en detrimento de otros, por citar sólo algunas cuestiones.

Por otra parte, frases del tipo: “somos artesanos del hallazgo errático, fetichistas del residuo, viudos” (refiriéndose, por supuesto, a los historiadores); “la mejor cosecha de archivo es la que admite un margen amplio para las fugas, la que encuentra lugares para lo que no funciona del todo o no funciona todavía, o funciona por fuera de la razón que lo sacó del olvido”; o bien “porque quien investiga sabe que son las voces del archivo (no la suya, o no *evidentemente* la suya) las que tienen que hablar en un argumento que sí es suyo” funcionan a modo de notas o apuntes que –elocuentes y versátiles– van jalonando el texto y ubicando al sujeto de la enunciación en una posición de experta en estas lides. Sin embargo, a su vez, es una especialista capaz de distanciarse e inclusive, por momentos, capaz de mostrar cierta ironía y reírse de los avatares de su trabajo profesional. Estos apuntes condensan sintomáticamente las ideas de boceto y de rastreo y si bien fueron escritos para diversas publicaciones, es decir, si bien son fruto de una dispersión de origen y tienen visiblemente esta marca, pueden pensarse como nucleados en torno a ciertas cuestiones rectoras: el esbozo de la propia experiencia de Caimari en archivos variopintos y su propia práctica como investigadora.

Asimismo, otro eje que atraviesa la publicación es que el pasaje del archivo a la escritura es entendido como traducción y abdicación para esta investigadora del CONICET:

en efecto, es un ejercicio de “ascetismo sacrificial” porque implica renunciar a incluir todas las pruebas en el escrito. Si la búsqueda en el archivo es “una temporada de paseo y recolección”, la escritura es para Caimari, búsqueda de sobriedad y estilización. En este sentido, comparte con otro libro, nos referimos a *La atracción del archivo* de Arlette Farge, las reflexiones en torno a sucumbir al “peligro” del mismo.

En suma, es un libro que conjuga satisfactoriamente una prosa eficaz y los saberes de una especialista en el hurgar paciente y denodadamente por esos intersticios y espacios de resguardo de la memoria social. Podríamos definirlos entonces a estos textos como relatos del merodeo, archivos del archivo que retratan fragmentos de una vida signada por la búsqueda y la escritura de esa búsqueda.

María Florencia Antequera
UNCUYO/IH IDEHESI CONICET